



DIARIO LIBRE / RAUL RIVERO

El poeta cuenta el salvaje día a día de Ernest Hemingway en su casa cubana de Finca Vigía, entre daiquirís y vertiginosas hojas en blanco

El 'cocktail' que hacía que los personajes dialogaran solos



las ideas iban de un lado a otro y los personajes que estaba creando comenzaban a dialogar por cuenta propia.

Entonces, al filo del mediodía, dejaba de escribir y se hacía preparar un termo con una reserva de daiquirís. Podía recoger su gorra blanca y sus lentes de sol y darle instrucciones a Juan Herrera, su chófer, para que pusiera en marcha el Buick —uno de los dos carros de su escudería, el otro era un Chevrolet— para enrumbar hacia El Floridita, en el centro de La Habana, tras el Capitolio, frente a la estatua del ingeniero español Albear, creador del primer acueducto de la ciudad.

Allí estaba Constante, el *barman* legendario. Su amigo de los tiempos, el que le ayudaba en los fiestones de fin de año o Navidad con Gary Cooper o Ava Gardner. El que sólo permitía que a su rincón —hoy resguardado por una cadena forrada en terciopelo rojo— se acercaran Lili, la *Honesta*, una prostituta que sería después un personaje de su novela *Islas en el golfo*; su querido amigo español, el médico Juan Herrera Sotolongo, o su mejor compinche criollo, Fernando Campoamor, corresponsal de la revista *brasileira Manchete* y columnista de *Bohemia*, el gran semanario habanero arruinado por el castrismo.

En esa barra acogedora, refrigerada, en semipenumbra, seguía la ronda de bebidas y, atrincherado con gente de conversaciones copiosas y diversas o en plena soledad, ensimismado, tempestivo,

Va a amanecer en Finca Vigía. Los perros y los gatos del dueño pasean con libertad por los patios floridos y enyerbados. Al fondo, la piscina está serena y llena de agua limpia porque es verano. Pasan los pájaros y las mariposas y Juan Herrera friega el Buick y se pasa la mano por el resguardo para que el santo lo vuelva a proteger hoy en sus viajes por los caminos.

Está dando vueltas por la entrada Pichilú, el gallero. Viene a invitar a Hemingway a unas peleas de gallos en una valla cerca del pueblo. Unos kilómetros al norte, en el pueblito de pescadores de Cojímar, Gregorio Fuentes lleva para el *Pilar* tres piedras de hielo, agua mineral, cervezas y unos litros de ron. Tres ristra de cebollas y tres de ajos, pan fresco y mucho limón, un saco y medio. No sabe si vendrá o no Papa, su compadre. Después de preparar la cocina, revisa el motor y los avíos de pesca.

En su casa de El Vedado, Campoamor se dispone a ir a la finca. Sabe que Hemingway viajará, de un momento a otro, al extremo oriente del país, al santuario de El Cobre, para depositar allí, frente a la Virgen, que es patrona de los cubanos, la medalla de oro que le dieron en Suecia con el Premio Nobel. El, como amigo y como periodista de raza, no se puede perder ese viaje.

En la casa hay silencio. Mary Welsh se



Ernest Hemingway empuña una botella de whisky, uno de sus aliados en busca de la inspiración.

▲Martes Un daiquirí salvaje

De pie, envuelto en una camisa que debió ser blanca y en un *short* que le cubría las rodillas, Ernest Hemingway escribía en su máquina Royal, sostenido por unos zapatones de payaso abiertos y toscos que todavía hoy se pueden ver en el baño de su casa en las afueras de La Habana.

El dueño de Finca Vigía —una casona blanca, rodeada de árboles y flores, a 45 minutos al noreste de la capital cubana— cumplía cada mañana el raro ceremonial de enfrentarse a la cuartilla en blanco en esa disposición casi de combate, como un boxeador, un torero o un espadachín. Erguido y alerta, las manos sobre el teclado a la altura del pecho y la mirada fija en los párrafos que salían a manchar aquella llanura inmaculada.

Mary Welsh se deslizaba en silencio por los salones de la casa, hojeaba una revista *Life* o recomponía el librero y las

alfombras, bajo la mirada negra y concentrada de la cabeza de un impala que su marido mató una tarde en una verde colina de África.

El hombre alto estaba como ausente, en lo suyo, en el baño, parado frente a la repisa donde tecleaba sin parar, con breves pausas para corregir la guía de los espejuelos de aro, escurridizos y para darse un trago largo de daiquirí.

Era un daiquirí diferente. Lo creó él mismo para su combate personal contra el calor del trópico y las exigencias de alcohol de su organismo. Ya se conocía en los santuarios del ron del Caribe, como un daiquirí salvaje o un *papa*, simplemente.

Se compone de hielo *frappé*, un doble de ron Bacardí, limón y nada de azúcar. Cuentan los testigos, amigos y empleados, que el autor de *Por quién doblan las campanas* podía tomarse entre ocho y 12, antes de comprobar que las líneas del texto que redactaba se entrecruzaban,

na soledad, ensimismado, torcamente solo, Hemingway dejaba que cayera el atardecer en esa región del mundo, cerca del mar, de su yate *Pilar*, negro y presuntuoso que cabeceaba en la espuma del pequeño puerto de Cojimar

Para volver a Finca Vigía, reabastecía el enorme termo azul y entraba al auto, que enfilaba el capó hacia San Francisco de Paula, el municipio donde estaba enclavada la residencia que había comprado por 18.000 pesos y donde vivió 21 años de su existencia.

En casa, después de la cena, en complicidad ahora con el whisky, el hombre de *El viejo y el mar* solía leer o dormir

—o las dos cosas— en su trono, pegado al revistero, frente a un *kudú*, muerto también muy lejos por el fuego de su escopeta poderosa.

Se sabe que algunas noches de lluvia, de pequeñas o grandes tormentas tropicales, Hemingway subía al ático de la casona y lo convertía de inmediato en el puente de mando de una nave. Dirigía Finca Vigía como si fuera un barco en alta mar, escapaba a duras penas de las grandes olas, daba órdenes precisas a la tripulación y la casa amanecía húmeda, es cierto, pero en tierra firme, a salvo todo el mundo. En una libreta blanca, la bitácora, quedaban para siempre, ahí están, los apuntes a veces ilegibles de la campaña nocturna y la lucha del gran viejo contra las fuerzas de la naturaleza.

desniza por la cocina y el nombre de la casa duerme. Se va a levantar dentro de poco a tratar escribir, de pie frente a su Royal, una página que lo haga volver a creer que nadie muere nunca nada.

▲Jueves Otra vida

Sin autos, sin finca, sin libertad y enfermo, en el mismo entorno en el que Ernest Hemingway escribió *Tener o no tener*, padece el poeta y periodista Ricardo González Alfonso.

Tiene 55 años y está condenado a 20, lleva en prisión desde la primavera de 2003. Lo

Algunas noches de lluvia, Hemingway subía al ático y lo convertía de inmediato en el puente de mando de una nave enfrentado a un ciclón

operaron de vesícula en un hospital militar y en el quirófano consiguió un estafilococo que no le deja sanar la herida.

Es el presidente de la sociedad de periodistas Manuel Márquez Sterling, que en el momento de su fundación, en 2002, reunía a un centenar de informadores independientes dentro de su país. Fundó y dirigió la revista *De Cuba*, de la que se hicieron tres ediciones, antes de que la policía confiscara los equipos, dismantelara la redacción y lo sepultara en la cárcel.

En el momento de su arresto era el corresponsal de Reporteros sin Fronteras.

Ciro
Bianchi
Ross

Tras
los pasos
de Hemingway
En La Habana

Ediciones Prensa Latina

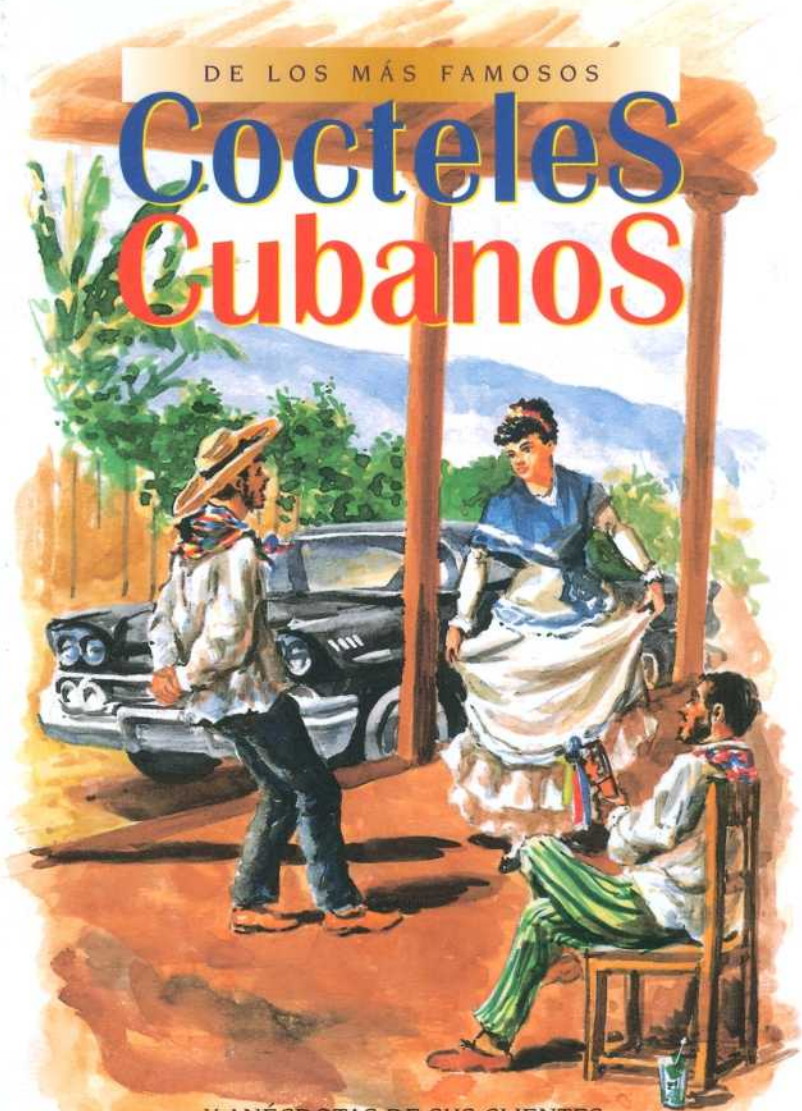
Índice

Turista reincidente	15
La única casa	19
Los amigos del solitario	22
La encrucijada del Floridita	25
Meilán	30
La Piña de Plata	33
¿Quién es el mejor?	36
Su majestad el Daiquirí	40
Estás bien donde estás	43
La Marina	45
Las aguas de Hemingway	50
El viejo y el mar	53
La Terraza	57
Tragos y recetas de cocina	59
Vida y muerte	61
Miss Mary lee el testamento	65
“No entra nadie aquí sin ser llamado“	67
Graham Greene en Finca Vigía	70
La bravura del lagarto	73
Conversación del final	75
El sentimental	78

EL BARMAN DE **HEMINGWAY** REVELA SECRETOS

DE LOS MÁS FAMOSOS

Cocteles Cubanos



Y ANÉCDOTAS DE SUS CLIENTES

Marlon Brando, Ava Gardner, Spencer Tracy, Gary Cooper y otros

VISUAL
PUBLISHING

CLÁSICO

LA ESCRITURA DEL PÚGIL

JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE

Cada cumpleaños me regalo a mí mismo la lectura de algo de Ernest Hemingway. No importa lo que sea: puede ser una de esas novelas con las que se ha quebrantado felizmente la opinión del escritor y se han publicado tras su muerte, como *París era una fiesta*, una relectura o también el hallazgo de algún texto extrañamente no leído aún, como me ocurrió hace exactamente un año con *Islas a la deriva*. La tradición, comenzada hace aproximadamente una década, es para mí una liturgia que tiene algo de noche de San Juan desplazada en el tiempo, algo de un bautismo de ancestral fortaleza en las aguas sagradas de la literatura más vivida. Comenzar cada nuevo año, en mi caso a principios de verano, con la lectura de Hemingway, es una cita anual con la energía primera y pura, esa fascinación adolescente por el salvaje oficio de escribir y una pasión activa que viene bien recordar. No valen los libros sucedáneos: ni las biografías, ni las memorias de quienes le conocieron y trataron, ni sus rutas de bares por el mundo como el Harry's Bar de Venecia o el Chicote en Madrid, ni los testimonios de algunas de sus cuatro mujeres y sus hijos o de quienes le acompañaron en sus interminables borracheras o en sus días de pesca y de aventura a bordo del Pilar, o jugando a pelota vasca en un frontón en San Francisco de Paula, en Cuba, antes de cenar en Finca Vigía.

Por no valer, no sirven ni siquiera las dos adaptaciones cinematográficas mejores de sus libros, ambas protagonizadas por su íntimo amigo Gary Cooper: *Adiós a las armas* y *Por quién doblan las campanas*, ni tampoco *Tener o no tener*, la adaptación que él prefería junto con *Los asesinos*, con Bogart y Burt Lancaster, respectivamente, y mucho menos la de *El viejo y el mar*, en la



Hemingway, Gary Cooper e Ingrid Bergman en un descanso del rodaje de *Por quién doblan las campanas*.

que Hemingway acabó a punto de golpear a Spencer Tracy, porque no aguantaba a alguien que no tuviera la entereza de soportar el alcohol. No, en este reto ya casi veterano y personal sólo sirve leer algo de Hemingway.

Y digo leer, y lo remarco, y lo pongo en cursiva, porque me he encontrado ya con no pocos escritores jóvenes españoles, algunos de cierta valía, que opinan de Ernest Hemingway sin haberlo leído. Se trata del discurso de Pierre Bayard en *Cómo hablar de los libros que no se han leído*, en el que se asevera que uno puede conocer una literatura sin haberse sumergido en ella, por poseer los referentes necesarios para poder apreciarla o denostarla; algo completamente inaplicable en el caso de Hemingway, porque opinar de Hem —de quien circula, por otra parte, un anecdotario tan variopinto como extremo— suficiente como para atraer o alejar visceralmente a cualquiera que no haya

abierto nunca ninguno de sus libros— sin haberlo leído, es como rechazar el vino sin olerlo o despreciar el sexo sin catarlo. Despreciar a Ernest Hemingway, sin leerlo, es despreciar la vida, es como renunciar a los sentidos, es como no querer escuchar la verdad.

Todo en Ernest Hemingway es verdad sensorial. Dejando a un lado los cuidados primerizos en París de Gertrude Stein, y antes de Sherwood Anderson, cuyos postulados principales ya había aprendido Hem en el decálogo del *Kansas City Star* y leyendo al cronista deportivo Ring Lardner, Hemingway es la palabra justa, la frase más exacta, la escritura del púgil. Luchó contra sí mismo hasta el final, hizo boxeo de sombra con sus miedos. Los periodistas destacaban sus andares de boxeador, pero no era cierto, porque siempre quiso andar como los indios que tanto frecuentó junto a su padre, cerca del lago Bear, sin poder ser oído ni seguido por nadie.

NORBERTO FUENTES

*Hemingway
en Cuba*



PROLOGO DE
Gabriel García Márquez



NORBERTO FUENTES

Hemingway en Cuba

PROLOGO DE

Gabriel García Márquez

*Para Antonio González
Romero, con todo el
carino de su hermano,*

N. Fuentes

26·XI·84



EDITORIAL LETRAS CUBANAS
CIUDAD DE LA HABANA, CUBA, 1984

712 PÁGINAS



SEGUNDA EDICIÓN MEJORADA
SECOND ENHANCED EDITION

Hemingway y Cuba

FOTOS DE / PHOTOS BY RAÚL CORRALES

